

ARRUGAS

A la primera arruga que apareció en su rostro la llamó inoportuna por haberla detectado justo el día antes de su boda. A la segunda le puso Patrocinio porque así se llamaba una novia que tuvo y que le fastidiaba mucho. La tercera apareció poco después, en una mañana desagradable de resaca y enfado con su esposa. Le puso “escarmentado.” No lo volveré a hacer” le pareció un nombre muy largo. A partir de la cuarta las agrupó a todas bajo el calificativo de las “innombrables” y decidió presentarles batalla.

Una mañana otoñal, de viento y lluvia racheada, se presentó en la perfumería más cercana a su domicilio, donde habitualmente compraba los artículos de afeitado, esperó a que la señorita que lo atendía siempre terminara de atender a otro cliente, para abordarla con ansia contenida y solicitarle ayuda para luchar contra las arrugas que se adueñaban irremediablemente de su rostro.

Salió de allí con su cuenta corriente mermada pero con una bolsa llena de productos maravillosos, que según le había indicado la amable señorita en pocos días o como mucho meses, ganarían la batalla a los indeseables pliegues de su cara. Una esperanza renacida en su interior lo acompañó de vuelta a casa. Tan positivo era su estado de ánimo, que a pesar de la desagradable mañana le apeteció dar un paseo protegido bajo su paraguas.

Anduvo y anduvo absorto en sus pensamientos, sin rumbo fijo, distraído con el fluir incesante de la ciudad. Coches circulando, personas con paso apresurado resguardadas bajo sus paraguas, hojas cayendo de los árboles que iban alfombrando la calzada. De repente vio salir del portal, de un edificio situado unos metros delante de él, a una pareja que se alejaba en su misma dirección, portando ella un anorak muy parecido al de su esposa. Pasados unos segundos se dio cuenta de que realmente era su mujer. Iba a comenzar a acelerar el paso para darles alcance cuando el

hombre que la acompañaba, pasó su brazo por encima del hombro de ella y la apretó contra su cuerpo protegiéndola de la lluvia que arreciaba. Indeciso y sin saber bien que hacer los siguió un trecho corto hasta que ambos entraron en una cafetería.

Con el paraguas en una mano y la bolsa de las cremas en la otra esperó unos minutos en la puerta del local. Él no era celoso. Confiaba plenamente en ella, aunque últimamente la notaba un poco distante. Seguramente sería un compañero de trabajo o algún amigo desconocido para él. A través de una gran cristalera pudo observar que el local era amplio y disponía de muchas mesas, la mayoría de ellas ocupadas por clientes. Vio cómo se sentaban en la más alejada de la entrada. Por fin se decidió a entrar. Mientras se dirigía a su encuentro, pensó en décimas de segundo, que ellos podían pensar que él los estaba siguiendo, así que optó por sentarse en una mesa que acababa de quedar desocupada, a una distancia prudencial de la de ellos. Se sentó dándoles la espalda. Pidió un café solo y un vaso de agua, para pasar el mal trago, se dijo para sus adentros. Sacó el móvil de su bolsillo lo puso en modo selfie de modo que podía verlos a través de la pantallita. Se fijó en el hombre. Tenía bastantes más arrugas que él. Conversaban animadamente y reían. De repente dejaron de reír, se miraron fijamente a los ojos durante unos segundos, y después se fundieron en un beso apasionado.

No pudo ver lo que duraba aquel beso porque se le cayó el móvil al suelo.

Dejó mecánicamente unas monedas sobre la mesa, se levantó, cogió su paraguas del paragüero donde lo había dejado, y salió al ventoso otoño.

Olvidada quedó, sobre una silla, la bolsa de las cremas.

FIN